

<https://doi.org/10.55422/bbmp.752>

Joaquín Álvarez Barrientos. *Los hombres de letras en la España del Siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*. Castalia. Madrid. 2006. 398 pags.

El dos de septiembre del 2006 se terminó de imprimir este libro, que, en las estanterías de las librerías, espera a sus lectores con la tinta aún fresca en sus páginas. Lectores que harán bien en adquirirlo, leerlo y meditarlo, pues se va a convertir, sin ninguna duda, en una referencia inexcusable de la bibliografía de nuestra historia dieciochesca.

La dedicación de Joaquín Álvarez Barrientos al siglo de las luces es ya conocida y está jalonada por numerosas publicaciones y ediciones de autores de la época. En cierto modo este libro supone una culminación de muchos de las investigaciones anteriores. El autor menciona expresamente a este respecto los capítulos aparecidos dentro de *La República de las letras en la España del siglo XVIII* (CSIC, 1995), pero quien conozca ambas publicaciones echará de ver de inmediato la mucha mayor profundidad de este libro con respecto a ése y a otros estudios anteriores.

Pretende el libro retratar la realidad de un grupo de hombres y mujeres que en el siglo XVIII comenzaron una relación nueva con la palabra impresa y con la cultura. En ese aspecto de trata de una obra pionera en nuestro país y que más que a la historia literaria, tal como ahora se considera se dirige a la historia de la cultura escrita, o lo que es lo mismo, al concepto de literatura en el siglo XVIII, con arreglo a la cual, por ejemplo, se hizo la *Historia literaria de España en el Siglo XVIII* (Trotta, 1996) que coordinó Francisco Aguilar Piñal y en la que colaboró Álvarez Barrientos.

El análisis de estos hombres de letras (no sólo escritores, también publicistas, libreros, impresores y todos aquellos cuya actividad estaba relacionada con la letra escrita) se desarrolla en cuatro apartados principales. «El escritor y la sociedad», «Representación del escritor», «Las economías del escritor» y «Política cultural y hombres de letras. Instituciones y proyectos» Además una introducción y un epílogo centran las cuatro partes de la obra para una mejor comprensión.

«Historia de la República de las Letras» es el título de la introducción que Álvarez Barrientos nos propone para poder adentrarnos de modo más seguro en el caudal de informaciones que supone el libro. Una expresión que, además de representar ese espacio imaginario en el que convivían los escritores, «a lo largo de los siglos XVII y XVIII [...] se empleó además como sinónimo de la Europa culta y sabia» (21). Se trata pues de un fenómeno europeo, que va paralelo a la difusión de la imprenta. También durante este siglo XVIII la República de las letras va cambiando: el abandono del latín lleva a las repúblicas nacionales. La erudición se hace menos importante, ya no es tan necesaria para los escritores; aparecen nuevos espíritus, quizás no tan cultos, pero

con mayor capacidad expresiva y probablemente con mejores dotes para el análisis. El escribir en las lenguas vernáculas hizo a estos nuevos autores dirigirse a un público más general, con lo que ese público se tornó cada vez más en una influencia sobre la obra: «De la crítica filológica [...] se pasó al espíritu filosófico: [...] la capacidad crítica de los hombres de letras se aplicó en asuntos que [...] iban a producir mayores efectos sobre la sociedad. El [...] hombre de letras [...] estimulaba la capacidad de pensar y además hacia posible un diálogo entre lectores lejanos y desconocidos» (35). El final de la República de las letras fue producto de un deseo de los escritores de constituir un grupo, una casta diferenciada y al mismo tiempo hacerse presentes ante la sociedad en la que vivían, tener influencia y público, ser conocidos y respetados. La apertura del escritor a la sociedad era incompatible con el restringido y elitista ideal de la República de las letras.

Precisamente sobre esa apertura del escritor a la sociedad versa el primero de los capítulos principales del libro. Álvarez Barrientos va desarrollando en diferentes apartados esta difícil relación. Comienza con un análisis de los nombres que se daban a sí mismo los hombres de letras y los que daban, muchas veces con carácter peyorativo a otros hombres de letras, rivales y competidores, pero también, en cierta forma, compañeros. Datos reveladores, porque «la forma de denominar al escritor revelaba la posición ideológica del que nombraba y qué valores hacía suyos a la hora de entender lo que era el conocimiento» (44). Se discute a través de esos nombres sobre lo que debe ser o no ser un escritor y en esa discusión se percibe claramente cómo los partidarios de lo antiguo defienden una idea del escritor como sabio, erudito, incesante trabajador, de vida casi monacal y respetuoso con la religión. Las críticas, por parte de este grupo, se extienden también a lo que ellos consideran una indeseable extensión del saber, pues la idea de que hay saberes prohibidos está muy presente, y esa prohibición se hace aún más fuerte en el caso de las mujeres literatas. Otros de los ataques más habituales a los nuevos escritores es insistir en que son pura apariencia, que apenas tienen conocimientos, frente al amplio saber de los eruditos más antiguos y también más aislados del mundo. A propósito de esto Álvarez Barrientos analiza brillantemente el fenómeno de los *violetos*, que relacione con el concepto francés de *beau esprit*. La idea básica que aquí se desarrolla es que a través de la existencia de los violetos y de otras especies semejantes, se certifica la aparición de un escritor que aspira a estar presente en la sociedad, a desenvolverse en ella, triunfar y dejar patente su presencia y también su utilidad. Esta nueva especie de escritores tiene un arma: la oralidad, el ingenio, la palabra hablada en los salones, tertulias y reuniones. Tan a menudo se les identifica con esa característica que se crea el concepto de charlatanería para atacar y desprestigiarlos. Una batalla entre los hombres de letras modernos y los eruditos antiguos «en la que no se puede

decir que hubiera un vencedor. Es cierto que las posiciones del ejército moderno avanzaron y que este grupo consiguió importantes mejoras y consideración, pero no lo es menos que los antiguos mantuvieron unos valores que han pervivido hasta nuestros días» (78-79). Continúa Álvarez Barrientos exponiendo cómo los nuevos escritores no encuentran todavía, sino que más bien suponen o aventuran la existencia de un público, que, de constituirse de forma estable, pudiera ser la fuente de su mantenimiento. Aunque, como expone en otro apartado, sigue siendo el poder político y económico la fuente deseada de manutención de la mayor parte de los escritores, con unas difíciles relaciones derivadas de la poca estimación que, en la mayoría de los casos, se hacía desde el poder a la actividad intelectual. Se detiene finalmente el autor en un elemento de la vida cotidiana que iba a resultar muy importante para los hombres de letras: la conversación. Una idea nueva, según la cual el literato podía brillar en sociedad mediante el ingenio y la habilidad: una apuesta por la sociabilidad del escritor frente al ideal casi monástico del erudito recluido en sus estudios y ajeno al mundo, imagen prototípica, durante mucho tiempo, del escritor. Aunque, aclara Álvarez Barrientos, la conversación no era algo nuevo ni exclusivo del siglo XVIII; lo nuevo fue «el uso más público y difusor que se hizo de ella y su relevancia como instrumento civilizador y punto de encuentro de literatos» (119).

A los cambios en esa idea de escritor se dedica el siguiente capítulo del libro: «Representación del escritor». Representación moral, representación física, biografía, autobiografía, elogios fúnebres; Álvarez Barrientos va repasando estas diversas formas que tiene el hombre de letras del XVIII de hacerse presente en la sociedad de su época., de representarse a sí mismo y de proyectar esa imagen hacia los demás. La representación moral oscila entre dos imágenes del escritor: una que pretende la dignificación y enaltece las aportaciones del hombre de letras a esa sociedad, y otra más realista, satírica y cruda que retrata la vida diaria, de la lucha por la manutención y la supervivencia. Y es que según el autor, en «estos años del siglo XVIII, en los que sólo se podía vivir de la literatura mediante la publicación de sátiras y escribiendo comedias [...] aquellos que no contaban con apoyos o puestos en la administración presentaban un marcado carácter marginal y bohemio» (137). Dos representaciones que coexisten en el siglo, sobre todo a través de la sátira contra los escritores, sátiras que gozaron de cierta popularidad, pero que al mismo tiempo son testimonio de la aparición de un nuevo tipo de hombre de letras, menos culto y preparado, pero más independiente de pensamiento. «La fuerza crítica e independiente de la Ilustración, que empujaba a pensar por uno mismo, forzaba ese cambio en el modo de entender la práctica literaria» (141). Prosigue Álvarez Barrientos pasando revista a otros elementos de esa representación del escritor que nos indican la presencia de este nuevo grupo de hombres de

letras y de su intento de constituirse en una clase más de la estructura social: la frecuencia con que se refieren a su salud y de este modo testimonian la existencia de unas enfermedades típicas del escritor, y, a través de ello, de la existencia de un tipo de actividad que causa esta enfermedad; la representación alegórica de Academias y Parnasos, tanto en su aspecto más ritualizado, como en las sátiras y dibujos burlescos que también proliferaron, puesto que ambas modalidades testimonian también la existencia de una idea de grupo en los hombres de letras; los retratos individuales de los escritores y los distintos motivos con los que se acompañan o presentan los retratos y que sirven como representación y símbolo de la actividad del retratado. Del retrato se pasa a la biografía —«Existe una clara relación entre el auge del retrato y el de la biografía, que se vincula al desarrollo de procesos de individualismo» (162)—, y de la biografía de los escritores a la historia literaria y a la necesidad de recoger noticias y datos de los escritores para que futuros escritores puedan utilizar esos datos: todo ello contribuía a aumentar la respetabilidad de la tarea del hombre de letras. Significaba «una convencional imagen pública de ascenso asociada a la solidez moral y a la respetabilidad que se suponían propias de los hombres de letras» (161). Termina este apartado refiriéndose a una práctica que se supone específica de los hombres de letras: el plagio. Documenta pormenorizadamente las meditaciones y las reflexiones que sobre el plagio se hacen en España y en Europa, en muchas ocasiones como formas de ataque de los escritores más «cultos» hacia periodistas y papelistas. Ahora bien, si existe un concepto de plagio, es necesario la existencia de un concepto parejo y al tiempo contrario: la originalidad: «la originalidad que surgía desde la evolución de conceptos como imitación, entusiasmo, genio e ingenio, respondía a un cambio en la concepción de la propia literatura. Cada vez se trataba menos de imitar, según cánones clásicos, y más de explicar lo que sucedía alrededor» (201). Este concepto de originalidad lleva también «a la defensa de los derechos de autor, al pago por el trabajo realizado y a su reconocimiento» (201).

Esta idea de los derechos de autor da pie al autor para adentrarse en el tercer capítulo de su obra, «Las economías del escritor» en el que se pregunta por las posibilidades de supervivencia económica del escritor dieciochesco, que podía buscar su mantenimiento en el público, es decir ser gacetilleros, autores de literatura de cordel o comediógrafos, que eran las actividades que podían llevar a conseguir una cierta cantidad de dinero o buscar alternativas como la de preceptor, que en muchos casos era una etapa inicial en la carrera de un hombre de letras. No obstante, el mecenazgo apenas funcionó para los escritores dieciochescos y era sobre todo la protección del estado, a través de puestos y privilegios de diversa índole, lo que se planteaban muchos escritores como fórmula ideal de supervivencia. Actividades como la de bibliotecario o censor eran de las posibles en ese campo, aunque el ideal era una academia en

la que se reuniesen y trabajasen los literatos, libres de angustias financieras. Álvarez Barrientos va analizando las diferentes opciones que se presentan a los hombres de letras, sin olvidar la del escritor público, figura que ha aparecido en este siglo XVIII. Conecta el autor este desarrollo con el aumento de individuos de la época que se dedicaron a escribir, aumento que coincide con dos fenómenos: «el desarrollo de la libertad del individuo y su consiguiente supuesta capacitación para expresar su opinión, aunque ésta pueda no tener ningún valor y, otro, la aparición de un medio de expresión, como el periódico, que permitía dar voz a esa libertad» (235). Son todos ellos factores que llevan a un mayor interés por el concepto de los derechos de autor, y a Álvarez Barrientos al estudio de las propuestas e ideas que se dieron sobre este asunto.

«Política cultural y hombres de letras: Instituciones y proyectos» es el título del último capítulo del libro. Comenta el autor las incidencias e importancia de una institución que llegó a existir y desarrollarse en el siglo como fue la Biblioteca Real y la de otra que aunque solicitada y propuesta varias veces no llegó a desarrollarse: la Academia de Ciencias. Un interesante apartado es el estudio que hace Álvarez Barrientos de las propuestas de instituciones llevadas a cabo por tres importantes hombres de letras del XVIII: Gregorio Mayans (1699-1781), Martín Sarmiento (1695-1772) y Andrés Marcos Burriel (1719-1762): «tres importantes ocasiones de dar un giro a la situación del hombre de letras y a la cultura en la España dieciochesca» (273-274). Estas propuestas, como muchas otras de la época se enfrentaron a los embates de la crítica, «una de las más despiadadas formas de control y de ordenación de la República Literaria, porque tendió a ser malintencionada y a abortar aquellos brotes que pudieran suponer una novedad, tanto en las letras como en las ciencias.» (264). Comenta con detenimiento las características de los tres proyectos y cómo en ellos laten también unos desacuerdos básicos referentes a la cultura y a su divulgación: «se debatía en realidad el cambio que se daba en el orden del saber, en la manera de asumirlo, usarlo y difundirlo, ampliando el número y la condición de aquellos que podían llegar a poseer sabiduría. Se enfrentaban los partidarios de restringir la ciencia a las corporaciones directivas con los que querían divulgarla y convertirla en un bien participativo» (273). Finaliza el capítulo con una referencia a la nacionalización de la cultura, y a la utilización por el estado de la cultura como elemento de poder e influencia sobre otras naciones.

Tras un breve epílogo, que resume con acierto el denso tratado y pudiera suplir con ventaja a esta reseña, el libro se complementa con unos interesantes apéndices: una serie de imágenes, a las que el autor se ha referido en el capítulo de «Representación del escritor»; unas notas biográficas sobre los diferentes autores mencionados, una útil cronología y una bibliografía amplia, dividida en «fuentes» y «estudios», que a buen seguro será de utilidad para los lectores interesados en nuestro siglo XVIII.

Como se dijo al principio de esta muy breve reseña para libro tan denso y valioso, nos encontramos con un título que va a entrar de lleno en la lista de las obras fundamentales sobre el siglo XVIII español y que es una forma de hacer justicia a esos hombres de letras que desarrollaron un trabajo fundamental y dejaron «unas huellas inadvertidas al borde del camino real, lejos de las rodadas de las carrozas», como reza el hermoso texto de Gregorio Marañón que Álvarez Barrientos inscribe al comienzo del libro.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
UNED CANTABRIA / I.E.S. ALBERTO PICO. SANTANDER